



**UNIVERSIDAD
ACADEMIA**
DE HUMANISMO CRISTIANO

Artículos

Antígona: Inscripción
de un texto al que no
hay acceso

Francisca Pérez Prado

RESUMEN

ESTE TRABAJO QUIERE PROPONER ALGUNOS PUNTOS DE REFERENCIA PARA PENSAR EN LA NOCIÓN DE GENOCIDIO COMO CAMPO DE DETERMINACIÓN SUBJETIVA, PARTICULARMENTE DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL MODO EN QUE ELLO CONDICIONA EL ESTATUTO DE LA MUERTE Y, EN CONSECUENCIA, DE LA INSCRIPCIÓN DE LA EXISTENCIA CULTURAL. DEL VASTO PROBLEMA QUE ESAS CONSIDERACIONES ABREN, TOMA, MÁS PARTICULARMENTE, AQUELLA DIMENSIÓN LIGADA A LA IMPOSIBILIDAD DE INSCRIPCIÓN DE LA MUERTE Y A SUS INCIDENCIAS EN EL CAMPO DEL DESEO. EN ESA PERSPECTIVA, TOMA POSICIÓN AL INTERIOR DE LA REFLEXIÓN PSICOANALÍTICA Y PROPONE UNA LECTURA DE ANTÍGONA DESDE CIERTAS CLAVES PROPUESTAS POR LACAN EN SU SEMINARIO LA ÉTICA DEL PSICOANÁLISIS.

PALABRAS CLAVES: GENOCIDIO, PSICOANÁLISIS, ANTIGONA.

ABSTRACT

THE AIM OF THIS PAPER IS TO PROPOSE SOME REFERENCE ELEMENTS TO THINK ABOUT THE NOTION OF GENOCIDE AS A SUBJECTIVE DETERMINATION FIELD, ESPECIALLY FROM THE POINT OF VIEW OF THE WAY IN WHICH IT CONDITIONS THE STATUTE OF DEATH AND, AS A CONSEQUENCE, THE ENGRAVING OF THE CULTURAL EXISTENCE. THE BIG PROBLEM THAT THOSE CONSIDERATIONS OPEN TAKES, MOST PARTICULARLY, THE DIMENSION CONNECTED TO THE IMPOSSIBILITY OF ENGRAVING DEATH AND ITS CONSEQUENCES IN THE AREA OF DESIRE. FROM THAT PERSPECTIVE, IT TAKES A POSITION INSIDE THE PSYCHOANALYTIC REFLECTION AND IT SUGGESTS THE READING OF ANTIGONE FROM CERTAIN KEY ELEMENTS PROPOSED BY LACAN IN HIS SEMINAR "THE ETHICS OF PSYCHOANALYSIS."

KEY WORDS: GENOCIDE, PSYCHOANALYSIS, ANTIGONE.

Antígona: Inscripción de un texto al que no hay acceso

Francisca Pérez Prado¹

Antígona resto. Imborrable de (algún) recuerdo sin memoria.

Antígona clausura. Con denominación femenina, clausura de la tragedia cuyo Texto no conocemos; denominación femenina de un misterio, el misterio de la tragedia cuyas coordenadas han quedado archivadas en una legalidad ajena a lo uno, inaccesible, huella única de la referencia de los cuerpos sin medida, los cuerpos de los dioses, los dioses de cuerpos que ordenan el entierro de todo cuerpo como condición de vida –y de muerte.

Antígona silencio. Silencio del acto, solitario, solitaria, sola. Sola. Denominación femenina del silencio, silencio del saber que se hace puro presente. instante puro, acontecimiento fundador de memoria, inscripción fundante de posibilidad de escritura.

Antígona desoída. Desoída, condición de su acto, radicalidad de su decisión, desoída en su falta de palabras, desoída cuando no hay transcurso de la palabra.

Antígona silencio, reflejo; luminoso, que hace mirada de la ceguera, y de la falta de palabra, escritura. Misteria, héroa que devuelve en su derrota el estatuto de las miradas, las palabras, la muerte.

¹ Francisca Pérez Prado. Psicóloga. Universidad de Chile. Psicoanalista. Magíster en Psicología Clínica. UDP. Doctora (c) en Psicopatología Fundamental y Psicoanálisis. Directora de la Escuela de Psicología Universidad Andrés Bello. Viña del Mar. E-mail: franciscaperezprado@yahoo.es

Antígona, tragedia de la promesa del ser; poema del recuerdo del haber sido que susurra como engranaje silencioso o vociferante.

Antígona descabezada

1. El cuerpo de los dioses -o el deseo de toda madre-

Como recompensa por las hazañas que han realizado, Cleobis y la madre de Biton, una sacerdotisa de Hera, pide que sus hijos puedan alcanzar lo que es más deseable para el hombre. En respuesta a su petición, Hera le concede que los dos hermanos, que estaban durmiendo en el templo, nunca se despierten y mueran en la flor de su juventud, en esplendor de su belleza viril –como dioses- (Feher, Michel y otros, 1990).

Seis siglos antes de Cristo, Jenófanes se resistía a la figuración de los dioses en la forma de la humano: “los hombres piensan que, como ellos, los dioses tienen un vestido, la palabra y un cuerpo” (Vermant, J., 1990).

Esta denuncia marca su resistencia en cierto modo de la figuración, es decir, en la recurrencia a lo símil como condición de una dedicatoria –la dedicación de una palabra, una mirada, un atuendo; es decir, un rito- y releva, en consecuencia, la brecha que arroja esa intencionalidad a lo inefable del destino ingenuo, es decir, del destino de la que pide ignorante de la textualidad que inscribe su ruego: la que pide lo más deseable, como si fuera posible soportarse en la universalidad del ruego.

La dispensa operada en esa esperanza del pedir es la dispensa de lo singular, de la narración que haría posible un tránsito de ese deseo; el deseo, para Cleobis, se cumple, pero se cumple a expensas de su imposibilidad de comparecer a esa realización –no conoce la distancia de ese universal sino hasta el momento de caer en ella, no ha tenido medida-; pero es también la dispensa de lo singular en tanto narración de un cuerpo, es decir, descanso de una palabra –ingenuidad- en

lo dado del cuerpo, más bien de la imagen que hace a ese cuerpo del que nada se quiere saber, a ese cuerpo “popular”, que no hace aún relato sino hasta el momento en que esa palabra, descansada, tropieza con su efecto en el trayecto de la caída, desfallece, y el descanso da paso al sufrimiento. Y es que sólo en ese paso se puede producir un acontecimiento (Nasio, J., 1988).

Hay un cuerpo no narrado en el ruego, que hace de los dioses a los que se dirige pura imagen de desvío; desvío del cuerpo, desvío del trayecto del deseo, imposibilidad de coincidencia, imposibilidad de enunciación.

No es lo inatribuible de un cuerpo lo que comanda la resistencia de Jenófanes, sino, quizás, la lucidez de la desolación a la que esa palabra lo arroja, la palabra que se resiste en el lugar del ruego, es decir, que configura un espacio y un tiempo, una mirada.

Cuerpo, palabra y vestido entonces, no sólo como atribuciones equívocas a los dioses sino, en primer lugar, como señas de los ejes de la articulación del lugar de aquel que se resiste, y que se reconoce en esa constelación como particularidad a la que algo le es sustraído: la posibilidad de la atribución de su cualidad a aquel al que su palabra podría dirigirse, tanto como reconocimiento del semejante que en su invocación desconoce esa imposibilidad. Soledad del pensamiento de los dioses, soledad del ruego que se dirige a los dioses. Soledad del templo. Versiones de la soledad que comparecen en una arquitectura que pareciera reunir las, en la arquitectura de un rito.

2. Lo faltante al cuerpo que dirige su reclamo a la imagen de los dioses

Dos cuerpos se han dirigido al templo: el cuerpo de una madre que hace de sus hijos la vía de su deseo –desea para ellos lo deseable-, el cuerpo de un filósofo que hace de su pensamiento la vía de su deseo –interrogando en las ideas la cualidad de las imágenes-.

¿Qué los dirige? Es decir, ¿qué los comanda en su peregrinación al templo, en su ruego, en su pensamiento?

Ciudadanos ambos de la cartografía en la que el templo se ubica, encuentran allí un punto de detención, un reposo. ¿Qué se reposa, cuando un ruego dispensa la singularidad, o un pensamiento dispensa la pregunta por el cuerpo en el movimiento del reconocer?

Si se pide, o se mide una distancia relativa a lo inestable que hace diferencia respecto del propio cuerpo o su representación, o del cuerpo como representación, algo ha venido a faltar a ese cuerpo, al menos en el momento de aparecerse en la palabra.

El cuerpo otorgado por los dioses, en consecuencia, sólo puede ser un cuerpo ausente de la vida y, por lo tanto, de la muerte.

3. *Un edicto como detención*

Creonte ha dicho. Ha dicho que está prohibido, ha dicho qué está prohibido, qué es lo sustraído a la realización; ha señalado cuál es el punto en el que un cuerpo, un cuerpo que ha actuado en la traición, un cuerpo que ha traicionado, debe restarse al rito; ha puesto en el lugar del ruego, o del pensamiento, una cualidad; sin dispensa de lo singular, ha puesto en su lugar un edicto.

Antígona lo escucha. Sabe del edicto. Ella ha asistido, también, al templo. Ha rogado. Ha pensado. Y ha escuchado del edicto. En su cabeza, en los órganos sensibles de su cuerpo, retumba, se demora, hace eco, la palabra del edicto que prohíbe, hace eco la palabra que pretende, en su modo de lo singular, desoír la distancia que la separa de los dioses; pero esa distancia no puede desoírse; el precio de esa ceguera de la palabra ya ha sido establecido, y ella, que podría también haber servido a Hera, lo conoce.

Hace eco el edicto, en su cabeza. Se mezclan sus resonancias en la invitación que va a dirigir a

Ismene: acompáñame, vamos; repica con mayor violencia en la noche, la del primer viaje, cuando en la opacidad de las imágenes los contornos de todo semejante han quedado borrados. Puro sonido. Puro sonido de lo edicto que sigue retumbando. Pura palabra que ha querido desoír una distancia. Una, Antígona, desoída.

Creonte ha tocado una campana al fin de su discurso, la ha hecho tocar, como si ese timbre permitiera el retorno de su palabra al lugar que le da el cuerpo, como si el sonido puro pudiera retornar en su edicto, fuerza fuerte que quiere apropiarse y hacerse el territorio de su propia fundación, hacerse lo puro del sonido de una campana; queriendo hacerse el edicto sonido puro en el tañir de la campana.

Y el último tañido retumba, en Antígona, la última. Atraviesa el parlotear que denuncia ante Creonte su comparecer nocturno en la tumba del hermano, ese ente parlotear que sirve al edicto, que se somete al dominio de un sonido que quiere ser puro en su ceguera, humillando el recuerdo de Cleobis.

Atraviesa el último tañido las nuevas órdenes, las que indican su crimen (el crimen que ha cometido Antígona, el crimen que se quiere cometer con ella), atraviesa el tañido su cabeza en los órganos de la visión, cuando se ha hecho el día, cuando una diferencia se ha establecido en el tiempo con la marca de la visión: la noche y el día, la apariencia de lo presente, la opacidad de lo pasado que se presentifica en esa apariencia de la luz; atraviesa el último tañido su cuerpo, y en él su pensamiento, su distancia de las palabras que, desfalleciente la mezcla, se van dispersando, cayendo bajo el haz del sonido puro que retumba; una diferencia, un pensamiento; única, único.

Una madre ha comparecido al templo a rogar el cumplimiento del deseo de sus hijos, y ese deseo ha pasado por la muerte. Ha pasado la muerte por los cuerpos de los hijos, y los ha detenido en ese instante. Ha hecho de sus cuerpos, cuerpos de dioses. Ninguna palabra puede detener ese tránsito,

que está comandado por el sonido de los dioses, el sonido puro que no se encarna en las palabras, el sonido que quisieran recordar las campanas.

Nadie pregunta, en la ciudad, por quién tañen las campanas.

4. Recorrer el sonido de las campanas

Nadie pregunta, y las campanas tañen. Podrían despertar del sueño en su tañir, pero hay una que no duerme. Ya está despertada, y recorre el sonido de las campanas. Y recorre en él, las estaciones de su acto; el delito y la ofrenda. Y entre las estaciones, la falta absoluta de ocupación; la angustia ante el puro umbral.

“Desde el punto de vista moral, Abraham quiso matar a su hijo, y desde el punto de vista religioso, quiso sacrificarlo; es en esta contradicción donde reside la angustia, y sin la cual, sin embargo, Abraham no es el hombre que es. ¿Qué es lo que falta, entonces, cuando la angustia falta para ser lo que se es?” (Kierkegaard, Sören, 1992).

Faltan las estaciones. El puro sonido y el sonido puro; crimen y sacrificio; la medida de la moralidad o la temporalidad de la fe, esa que sin mensura tiene un tiempo justo, la que no está sujeta a retardo porque es sonido puro.

Pero los universos no logran escindirse del todo; no, al menos, mientras existe un cuerpo sujeto a los efectos de un ruego; no al menos, mientras un cuerpo puede cumplir su destino de la descomposición; no, al menos, mientras un cuerpo está pendiente en su destino. Si se escindieran suficientemente, ninguna acción podría comenzar, no habría una tragedia que se hiciera escribir, porque el resultado estaría asegurado en la posibilidad de elegir: “Si el hombre que desea obrar está ya en el resultado, jamás se pone en acción. El héroe ignora si el resultado es capaz de llenar de júbilo al mundo entero –o al cielo, podríamos añadir-, porque sólo lo conoce después de la realización total; y no es por esta que ha llegado a ser un héroe, sino porque comenzó” (Op. Cit., 1992).

Es la angustia lo que se produce en la imposibilidad de la abstracción de la que el cuerpo da cuenta en esa caminata; es la angustia la que se instala en la producción de un pensamiento vivo, ese que no hace demora de su trayecto sino que se instala en el punto preciso de la paradoja, de la sobrevivencia de lo moral como parloteo del ente que distrae del sonido del sacrificio: el servidor de Creonte que denuncia el gesto de Antígona.

Antígona recorre su trayecto a la tumba del hermano, recorre el camino del sacrificio con sus pies resistidos por la tierra que debe cubrir un cuerpo, y que, mientras trayecto, se eleva nublando los pensamientos, enterrándolos en la altura de la mirada que piensa el recuerdo de los dioses invocados en el deseo de una madre –Cleobis, Yocasta-; que escucha en el retorno de los pensamientos de un hombre que ha hecho diferencia de los suyos, que se ha apartado como condición de su pertenencia –Jenófanes, Polinice-, que no ha cedido ante el engaño de una imagen que quiere aparecer como palabra para borrar un número –un año no es todos los años, sólo porque un año es una medida, un modo de la relación de las coordenadas, y no un tiempo-.

Antígona recorre, en la segunda vez de la luz que, haciendo apariencia de lo visible, marca la diferencia del comparecer; Antígona recorre las versiones del crimen y las del sacrificio, eso hace paradoja e imposibilidad en su tránsito, en su espera que no es esperanza; Antígona recorre el tiempo justo del trayecto que permite desplegar esa ruptura de la convergencia entre el día y la noche, la palabra moral y el sonido del sacrificio; Antígona recorre el tiempo justo de la angustia.

Y es que “la fe no es el inmediato instinto del corazón sino la paradoja de la vida. Es diversa radicalmente a la ingenuidad, que no se ha detenido en la imposibilidad y la resignación” (Kierkegaard, Sören, 1992). La detención, entonces, en la imposibilidad y la resignación, como condiciones del arrojito a lo absurdo, como sus estaciones; para

atravesar, es necesario haber llegado, encontrarse frente al umbral.

No se trata, pues, de un paso que calcula su recompensa; no se trata de la esperanza que alimenta la certidumbre sacrificial ni se trata de la complacencia mortífera.

Pero, ¿qué se espera cuando no es ya esperanza esa espera?, es decir, ¿qué se espera cuando se ha comparecido ante el umbral del templo, cuando las versiones de la moral y del sacrificio convergen en disyunción, haciendo en la diseminación arquitectura? ¿Qué se espera cuando se está dispuesta a entregar un cuerpo en sacrificio?

5. La detención en el umbral o el truco de los espejos

“Se cuenta que hubo un autómatas construido de manera tal que cada jugada de un ajedrecista (oponente) replicaba con una jugada que le aseguraba el triunfo en la partida. Un muñeco en atuendo turco, con la pipa del narguile en la boca, sentado ante el tablero que descansaba sobre una mesa espaciosa. Mediante un sistema de espejos se despertaba la ilusión de que esta mesa era por todos lados transparente. En verdad, dentro de ella había un enano jorobado, que era un maestro del juego de ajedrez y conducía la mano del muñeco por medio de hilos” (Benjamin, 2000).

La ilusión de la máquina seduce la mirada del que está dispuesto a perder. Un saber se supone al otro lado de la máquina, un saber sin cuerpo. ¿Por qué es necesario ocultar el cuerpo, a pesar incluso de lo pequeño, para sostener esa ilusión de saber?

¿Perdería el juego el enano, en la evidencia de su cuerpo? ¿Será el defecto de su cuerpo lo que oculta entre los espejos? ¿Querría alguien, con la misma pasión, responder al desafío de un enano? ¿Dónde quedaría situado ese saber si un cuerpo lo presentificara?

Apariencia de lo transparente contraída de espejos, soporte de las imágenes que ocultan lo real del cuerpo, y matizan el horror de la falta de mediación, un disfraz que despeja los restos de lo humano viene a situarse en un límite, en un paso: aquel que anuncia lo que aún es imposible.

No basta, pues, el deambular invisible que conduce al cumplimiento de una ley universal; el juego no se juega; no hay allí apuesta verdadera ni sujeto compareciente. Es necesario un cuerpo que soporte ese movimiento, cuerpo que enuncie el gesto; cuerpo que haga del deambular un tránsito, un cruce.

6. Transitar el cruce

Ha habido una resignación; se ha caminado en la oscuridad a cubrir un cuerpo, se ha resignado un cuerpo en el cubrimiento de otro, se ha efectuado un movimiento que separa del sometimiento y la ingenuidad; y no ha sido suficiente. No es la eficacia del gesto lo que se ha perseguido en ese desplazamiento; un nuevo recorrido es necesario a la luz del día, un recorrido que soporte una mirada: ella debe ser vista, en esta vida, en la realización de su movimiento, tanto como es necesario –y al mismo tiempo imposible– el testimonio del acto. Antígona cruza el umbral del templo:

“Entonces, la resignación no implica la fe, pues aquello que adquiero en la resignación es mi conciencia eterna y hay allí un movimiento estrictamente filosófico que tengo el valor de efectuar cuando es requerido y que puedo también infligirme... Para resignarse no es necesario la fe, pero sí lo es para alcanzar cualquier cosa más allá de mi conciencia eterna, porque allí está la paradoja (...)

Por la resignación renuncio a todo...por la fe no renuncio a nada, al contrario, lo recibo todo; es necesario un valor puramente humano para renunciar a toda la temporalidad con el fin de ganar la eternidad; pero es menester el coraje humilde de la paradoja para asir toda la temporalidad en

virtud del absurdo y este coraje es el de la fe” (Kierkegard, Sören, 1992).

Cruzar el umbral, entonces, explotar los espejos de la maquinaria, borrar toda transparencia, como el movimiento de la fe. Soportar la mirada del horror; mirar de frente lo que es detrás del espejo, lo que comanda los movimientos y las jugadas de esa guerra que un deseo ingenuo ha desatado:

“Lo maravilloso es vivir así, ver a cada instante la espada suspendida sobre la cabeza a cada instante dichoso y contento en virtud de absurdo”. (Op. Cit, 1992)

Antígona transita, entonces, desde el camino de la tragedia hacia el acto de la fe. Y, justamente porque la diferencia entre el acto –que Kierkegard nombra como acto de la fe- y la acción del héroe trágico, se halla en que este último permanece en la esfera moral; “para él toda expresión superior de lo moral: reduce la relación entre padre e hijo o hija a un sentimiento cuya dialéctica se refiere a la idea de moralidad. Por consiguiente no se trata aquí de una suspensión teleológica de la moral misma. Muy diferente es el caso de la fe. Por medio de su acto ha franqueado todo el estadio moral. No actúa para salvar un pueblo ni para defender la idea del Estado, ni tampoco para apaciguar a los dioses irritados. En tanto que el héroe trágico es grande por su virtud moral, Abraham lo es por una virtud enteramente personal. En toda su vida la moral no halla expresión más grande que esta: el padre debe amar a su hijo” (Op. Cit, 1992).

Ver a cada instante la espada suspendida sobre la cabeza. Atravesar el umbral y perderla. Amar a su hijo, amar a su padre, amar a su hermano. La dignidad de la muerte y la razón ética.

7. Antígona descabezada

“Cuando pienso en mi falta de cabeza

se aparece la multitud de las versiones

*de una pieza que no termina de articularse
ausente como está*

de visiones, oídos, texturas y putrefacciones”²

La cabeza loca, enloquecida; arrebatada y hecha cera; mala, palabroteando; caída a un pozo, rescatada, adornada y despreciada; perdida, perdida y disputada; ocultada su falta entre disfraces, disfrazada; reverenciado su arreglo, falsa su dedicatoria.

Cuando pienso en mi cabeza, es cierto, un gesto me ha hecho feliz.

¿Dónde transcurren los pensamientos cuando una cabeza falta? ¿Ha sido cedida o ha sido un precio a pagar por su pensamiento, que ha quedado también arrebatado en su falta de cálculo? ¿Se puede poner precio a una cabeza? ¿O es ella un precio?

¿Por qué la muerte establece su presencia en el soporte de la cabeza cuando un precio ha de ser pagado, cuando ha devenido el haber sido?

¿Por qué una hija ha sido llamada a enterrar, ha cumplido su decisión, y con ello ha cumplido también el ciclo de la inscripción de un nombre propio, tan propio que ninguno más habrá de heredarlo? ¿Por qué esa muerte devuelve los nombres a cada uno de los personajes de la tragedia, su lugar? ¿Por qué un cuerpo de mujer hace de soporte de la memoria de un deseo criminal, de realización, de realización de lo materno en una única madre –ya muerta-?

El último eco del tañir de las campanas y el pañuelo de la muerte que corta el tiempo. El acontecimiento del acto o el corte de la suspensión. El cumplimiento del deseo de una madre se ha hecho acontecimiento cuando su presente, su presentificación hecha tejido mortuario, dismantela los soportes de la voz y del pensamiento; sonido puro

² A propósito de: Couve, Editorial Seix Barral. Santiago. 2000.

del corte de la circulación significante; falta de cabeza. El silencio comparece.

8. La posibilidad de la historia y su borradura

El silencio comparece, y en él, el poeta. Es el silencio su territorio, su materia última; un texto inaccesible lo ha convocado, su lectura no tiene un fin. Podría reinventarlo, como narración; dejar de hacer justicia a la verdad que le ha sido vedada, borrarla. Pero ama la historia, ama las citas con los ausentes. Preferiría los espejos, si no pertenecieran a esa primera época de la técnica que deja entrever, a cada ojeada, el detalle sin cura de todas las versiones. Sólo por eso se deja llevar por su amor, y se deja fracturar en la historia. Hace la historia del acto, se hace en él momento último de su efecto, proyecto incumplible desde su inicio.

Pero ¿cuál podría ser una historia que explotara los espejos? ¿Cuál la mirada que encontrara un ángulo?

Benjamin ha propuesto una clave para esa mirada de la historia, partiendo, justamente, de la cita del juego con la máquina; ha sido él quien lo ha recordado en este momento tardío en que los enanos han desaparecido del interior de las máquinas —y en el que, sin embargo, su fantasma pareciera aún acecharnos, a veces—. Esa clave estriba en la noción de experiencia determinada por la dislocación; experiencia que no puede sino establecerse en el tiempo como apertura instalada por la muerte: "...podría designarse a la muerte, a la caducidad esencial de lo que "es", como el instante de la experiencia; aquello que, sin ser jamás tema de experiencia, es, sin embargo, su condición insuprimible, la condición de su temporalidad" (Oyarzún, 1996).

Ese inmiscuirse de la muerte en la dislocación de la experiencia, no puede sino poner de relieve la discontinuidad engañosa del presente, o de la temporalidad que acoge a la experiencia histórica: clivado por la insistencia del pasado. Pero, ¿qué podría ser un pasado que hace al presente,

sino justamente aquello que no ha terminado de acaecer?

Singularidad, inanticipabilidad, testimonialidad, marcan una noción de la historia como campo de creación, como campo de guerra, incluso; no se ha terminado de establecer el registro de una historia cuya determinación no termina de desplegarse.

Pero si es la heterogeneidad la que establece la diferencia que hace a lo histórico, ¿qué tiempo es el que no termina de transcurrir? ¿Cuál su historia? ¿Qué podría borrar (a) la historia?

9. Antígona, su nombre. O Sola.

Esa muerte que es el instante de la experiencia y su condición, esa muerte que se constituye como fundamento de la historia, no se ubica, sin embargo, en el puro real. El trayecto de Antígona, condición de posibilidad de su deseo, es el trayecto a la tumba que, sin embargo, aún no existe. Cada uno de sus pasos construye las letras de esa tumba. Y esa otra tumba será la condición de la suya y la suya será la consecuencia.

No se trata, sin embargo, de un sacrificio, sino de un acto. Esto es lo que quiero proponer: el acto de Antígona, que consiste en la inscripción de la muerte, y cuyo precio es su muerte, es el paso del sacrificio al deseo. Más aún, el único paso que puede descifrar el destino sacrificial que encierra la obediencia ciega al edicto o el ruego sordo que se dirige a los dioses o se somete a ellos: "No habría vida posible sino por la Muerte, por su simbolización, por su herencia" (Piralian, Hélene, 2000). Antígona no conoce de antemano el destino de sus pasos; no es el cálculo lo que alienta o desalienta el recorrido de las estaciones que atraviesa. Antígona comparece ante su deseo sin pedir garantías de ese acto; es la condición ética de su existencia subjetiva.

Y es que la suspensión de su trayecto detiene, justamente, el paso de la historia, y hace de su cuerpo mausoleo. Pues cuando el edicto con-

tiene el borramiento de la sepultura y hace de la tierra mezquindad, sólo quedan los cuerpos de los sobrevivientes como refugio de la muerte innombrada.

“No tenemos derecho a participar en el olvido”, señala Vierbücher³. No tenemos derecho a participar en el olvido pues es en la memoria que nos constituimos como sujetos, en ese cruce de las historias que traza nuestro recorrido singular en la cartografía de la ciudad que habitamos y nos habita. No tenemos derecho a participar en el olvido pues la habitación de esa ciudad nos arraiga a una deuda imprescriptible con el otro y su muerte: “...la deuda es lo que liga a los vivos y a los muertos, al mismo tiempo que lo que los separa y lo que permite que los vivos puedan vivir, lo que sólo es posible cuando se está en regla con los muertos” (Piralian, Hélene, 2000).

Los países muertos, nuestro país muerto, está suspendido en esa muerte. Pero esos cuerpos ausentes a la ceremonia de su inscripción, no han quedado, sin embargo, despojados de nombre, de imagen o de materia. Cuerpos de mujeres se han prestado a esa escritura, compareciendo entre los edictos de silenciamiento, insistentemente. Una sola pregunta articula las imágenes, los nombres, los cuerpos doblemente ausentes: ¿dónde están?

Sola, como el nombre de una mujer, cada mujer sola que ha querido testimoniar de la ausencia de una muerte a su reconocimiento, ha sostenido, en ese gesto, la posibilidad refundacional de un acto de memoria, de una escritura.

Sola, como Antígona, sola Antígona, la última, nombre de la clausura de la transmisión, se hace testigo y vigía de la escritura de esa muerte que hace a la condición de posibilidad de su propia existencia; Antígona resguarda la ley fundamental que protege el derecho y la obligación de la sepultura de su hermano, más allá de las leyes de la ciudad, porque en esa ley fundamental reside la posibilidad de la existencia en tanto que humana;

de ese cuerpo, que privado del velo de la tierra queda expuesto al puro real de la falta de la lengua; de ese otro cuerpo, el suyo, enlazado desde el nombre y el origen al de su hermano muerto, al de cada uno de sus hermanos muertos. Antígona, su nombre, o Sola, cada cuerpo de cada mujer que se hace soporte de la imagen de un rostro para escribir un nombre e interpelar por su lugar en la tierra, resguarda en esa escritura, y ejerce en esa pregunta, el soporte de lo humano. Aunque los días de la ausencia sean todos, y el cuerpo parezca vaciado del sentido de su ofrecimiento, y la insistencia parezca acabo de mundo, maldad inconmensurable, y las palabras parezcan palabras de loca.

10. Por la patria: Traducir los restos

“Hace todos los días que no te veo y sufro mucho y me revuelco mucho con el primero que encuentro. No encuentro cómo comunicarme contigo y por eso acudo a las palabras por si pudieras soslayar el analfabeto y actuar de alguna manera y eficaz. Porque cuando hace todos los días que no te veo, ya no te puedo disculpar de manera alguna, ni aunque te sangraran las rodillas, las narices y la boca de pedir perdón a mí, yo me abriría de nuevo para mostrarte abajo lo tupida que estoy. No me quejo de todo, porque te has perdido cosas lindas aquí; el honor, el orgullo y el hábito que cada día nos apunten, como si de nosotros, por nosotros no más, estuviera de acabo el mundo. La maldad nuestra es ahora inconmensurable” (Eltit, 2000).

Hace todos los días que no te veo. Y cuando hace todos los días que no te veo, ya no te puedo disculpar de manera alguna. Y acudo a las palabras, igual. Y mi cuerpo ya no se liberará nunca de esa ausencia que lo cierra a todo vestigio de vida. Y acudo a las palabras, igual, aunque parezcan palabras de loca. O sea, palabras cuyos sonidos no encuentran testigo ni objeto; palabras que no logran nombrar aquello que no tiene nombre. Escribimos.

“Cuando en el lenguaje no hay más que ruinas, sólo queda la escritura”. Así comienza la intro-

³ Citado por Piralian, Hélene. Op. Cit., pág. 55.

ducción de Pierre Fédida al libro de Altounian: “La sobrevivencia: traducir el trauma colectivo”, (Altounian, Janine, 2000) texto que reclama el reconocimiento del estatuto genocida en el exterminio de los armenios.

¿Por qué exigir un nombre para la inscripción del pasado, para ese momento dislocante de la experiencia que hace al trazado de la historia? ¿Cuál la insistencia, en el presente, de ese pasado? ¿Por qué nombrar el genocidio? Si hay efecto de lo real de la muerte no inscrita de los cuerpos desaparecidos sobre la posibilidad del lenguaje, es decir, del modo de habitar una ciudad, ¿hay efecto de(l) lenguaje en la experiencia y el estatuto de esas muertes?

El genocidio se define como un crimen contra la humanidad, crimen de Estado, colectivo, sustentado sobre la negativa a reconocer el derecho a la existencia de un grupo cuyos miembros se intenta exterminar por completo, “hasta el último”. En tanto proyecto, asimismo, se caracteriza no sólo por su premeditación sino también por su negación tanto respecto a las víctimas como a los terceros. La negación redobla la destrucción con una borradura: el genocidio perfecto es el que no se produjo⁴.

De lo que se trata, en el genocidio, es de la negación de la muerte tanto como de la existencia; si nadie ha sido asesinado, nadie ha existido. Si la muerte ha sido azarosa, ninguna razón ha existido. Si nadie ni una razón ha existido, no hay descendiente ni transmisión de esa herencia imaginaria. No hay tierra, no hay concepción ni hombre ni mujer ni memoria.

Y es que, como señala Kaes, “el borramiento del asesinato colectivo y de la violencia de Estado afecta fundamentalmente la cuestión del engendramiento; alcanza, para destruirlas, la memoria y la transmisión. Aquello que ha sido borrado como si no hubiese tenido lugar, no tiene lugar en el que inscribirse, en el que pueda ser pensado y a partir

del cual pueda articular el curso de las historias individuales con el curso de la historia colectiva” (Kaës, Rene, 1989).

El genocidio, pues, entendido como negación de la inscripción de la muerte, niega en ello la posibilidad de inscripción subjetiva. Quizás, más radicalmente aún, y como propone Altounian (Op. Cit.) en su escritura del genocidio armenio, el exterminio borra al sujeto en tanto borra la diferencia sexual y el orden de las generaciones, disolviendo, en ese gesto, las condiciones de posibilidad del ejercicio de una lengua.

Sólo queda, quizás, la invención de la traducción: traducir los restos. Porque es necesario inscribir un texto al que no hay acceso. Por la patria. Por el ejercicio de la palabra. Porque no tenemos derecho a participar del olvido.

Referencias bibliográficas

Altounian, Janine: “La survivance: traduire le trauma collectif”. Dunod, Paris, 2000.

Benjamin, W.: “La dialéctica en suspenso”. Editorial Arcis-Lom, Santiago, 2000.

Eltit, D.: “Por la patria”. Editorial Cuarto Propio, Santiago, 2000.

Feher, Michel y otros (ed): “Fragments para una historia del cuerpo humano”. Editorial Taurus, Madrid, 1990.

Kierkegard, Sören: “Temor y temblor”. Editorial Labor, Barcelona, 1992.

Kaës, Rene: “Violence d'état et psychanalyse”. Dunod, Paris, 1989, pág. xv.

Nasio, Juan David: “Los ojos de Laura”. Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1988.

Oyarzún, P., en: Benjamin, W.: “La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia”. Arcis-Lom, Santiago, 1996, pág. 17.

⁴ Definición propuesta por Piralian, Hélène, Op. Cit.